

D. Guillen les dió todavía mas, hasta que los dejó como dormidos.

—Arreglados—esclamó, y sacando un pequeño silbato, lo hizo sonar suavemente.

Como evocados por un conjuro, al oír aquel silbato, dos hombres aparecieron de entre las sombras.

D. Guillen habló en voz baja con ellos, y los tres entraron á la casa del oidor y se sentaron al pié de la escalera.

El portero, que en esta hora fiaba la custodia del zaguan á los criados de D<sup>a</sup> Inés, descansaba sin pensar en ellos.

Sonaron las diez y media y á poco bajó por la escalera D<sup>a</sup> Inés, enteramente cubierta con un manton.

Los dos hombres que habian llegado con D. Guillen ocuparon el lugar de los lacayos, y la dama sin verlos casi se entró á la silla, mientras D. Guillen encendia el farol en el cuarto del portero recatando su rostro con el sombrero.

D<sup>a</sup> Inés se recostó en su asiento, corrió las cortinas de las ventanillas, y se dejó conducir indolentemente.

El Señorito con el farol en la mano salió de la casa del oidor seguido de los hombres que conducian la silla.

Al salir vió á los dos borrachos que yacian en el suelo como dos troncos.

Entretanto Domingo se estaba creyendo como á dos pulgadas de distancia de la puerta del paraíso.

## XX.

En que se llega al fin de esta verdadera historia.



A silla de manos conducida por los hombres que seguian á D. Guillen marchó por las calles de San Francisco, hasta la plaza principal, allí pasó por el puente que se llamaba de Palacio, y se dirigió para la calle de la Merced.

Como D<sup>a</sup> Inés vivia en una calle inmediata al Colegio de San Gregorio, no le pareció que habia caminado mucho; ademas, las cortinillas iban corridas, y ella no se ocupaba de ver para la calle en razon de que como entonces no habia alumbrado en México, todas las calles parecian iguales en la oscuridad.

Así llegaron hasta la casa en que habia vivido el marqués de Medina.

Un hombre embozado hasta los ojos en una gran capa negra esperaba en la puerta, y al ver llegar al Señorito preguntó:

—¿Viene?

—Sí—contestó D. Guillen.

—Pues entrad—dijo el hombre abriendo la puerta por donde penetraron los que llevaban la silla.

El zaguan volvió á cerrarse inmediatamente.

Entonces sí, ya D<sup>a</sup> Inés comprendió que pasaba algo extraño: al principio creyó que alguno de sus criados habia preguntado por ella y con objeto de saber quien era, antes que pensar en salir de la silla, levantó una de las cortinillas, precisamente por el lado en que veia la luz del farol.

Al momento desconoció la casa y el rostro de su conductor.

—¿Qué es esto?—esclamó con espanto.

—Salga su merced, señora—dijo el Señorito abriendo la puerta de la silla.

D<sup>a</sup> Inés salió, paseando en derredor sus miradas, y procurando conocer el lugar en que estaba y las personas que le rodeaban.

Pero al principio le fué imposible.

—¿Pero qué es esto? ¿en dónde estoy? ¿quiénes sois vosotros?—decia.

—Señora—contestó el Señorito—veo que vuesa merced continúa con la mala memoria de siempre; yo ayudaré sus recuerdos; esta casa es la misma de vuesa merced.

—¿Mi casa!

—Sí, la casa en donde murió el señor marqués.

—¿Dios mio!—esclamó D<sup>a</sup> Inés reconociendo la casa.

—Y yo soy su antiguo servidor, Guillen de Pereyra.

—¿D. Guillen! ¡D. Guillen! ¿pero qué objeto.....?

—Pronto lo sabrá vuesa merced, porque aquí hay un caballero que desea hablarla.

—¿Quién?

—Otro servidor de vuesa merced—dijo el Señorito mostrando á D. Lope que permanecía aún oculto entre las sombras.

—D. Lope de Montemayor—dijo éste adelantándose.

—¿D. Lope.....! pero si yo no tengo que hacer con ese caballero, apenas le conozco, y esto con motivo de la desgracia de mi padre.

—O mas bien, señora, con motivo de la desaparicion de D<sup>a</sup> Laura—contestó gravemente D. Lope.

—Caballero, debéis saber que yo nada he tenido que hacer con esa dama, y la Audiencia me ha declarado absuelta.

—La Audiencia, señora, ha procedido como le ha parecido conveniente y no como era justo.

—Pero advertid, caballero, que la Audiencia era la única que tenia el derecho de juzgarme, y que me ha declarado inocente.

—Os engañais, señoría; si la Audiencia torció el camino de la justicia, aun le quedan vengadores á D<sup>a</sup> Laura.

—Es que yo soy inocente, y las pruebas de mi inocencia están en esos autos que podeis ver cuando os parezca mejor.

—Esos autos, señora, que no conozco, deben ser por fuerza un tejido infame de mentiras, supuesto que han dado vuestra inocencia por resultado.

—Ante un juez se prueba el crimen y se descubre la verdad.

—Ante un juez, señora, se cubre mejor el delito y se calumnia con mas facilidad á la inocencia.

—Quizá os convenceriais de lo contrario....

—Puede ser, señora; pero en este negocio tengo una seguridad completa; y sobre todo, perdemos el tiempo..... tened la bondad de seguirnos.

—¿A dónde?

—Puesto que estais segura de vuestra inocencia....

—Pero vos creis lo contrario.

—Tal vez logreis convencerme.

D<sup>a</sup> Inés vaciló sobre lo que debía hacer; pero pensó que un rasgo de audacia podía salvarla; que quizá no pretendian aquellos hombres mas que aterrorizarla; y sobre todo, nada habia escuchado en lo que D. Lope le habia dicho que indicara que él estaba instruido de los pormenores del suplicio de D<sup>a</sup> Laura.

Ademas, durante aquella conversacion, el Señorito habia callado, cuando con dos palabras podia confundirla.

—Tal vez—pensó ella—este sea un plan preparado por D. Guillen, para obligarme á entrar de nuevo en relaciones con él, y á darle mi mano..... sí, eso ha de ser.... infame! ya verá.....

Llegaron en esto al gran patio y á la puerta de la bodega que estaba ya visible, porque la leña habia sido quitada.

D. Lope abrió la puerta de la bodega y entró por delante llevando en la mano una bujía de cera; siguióle la dama y detrás de ellos el Señorito y los dos criados.

D<sup>a</sup> Inés, al sentir el ambiente frio y húmedo de aquella galera, sintió un vago estremecimiento; pero se pudo sobreponer á su emocion.

—Señora—dijo D. Guillen con solemnidad—aquí tuvisteis emparedada á esa infeliz.....

D<sup>a</sup> Inés retrocedió espantada; todo estaba allí preparado como el dia en que ella habia conducido allí á D<sup>a</sup> Laura.

Entonces pudo comprender con horror la suerte que le esperaba; volvió el rostro con angustia, como buscando proteccion: cerca de ella estaba el Señorito.

—¡D. Guillen!—esclamó—¡D. Guillen! socórreme.....

—Ah!—contestó el Señorito con una sonrisa de burla, y metiendo la mano á una de las bolsas de sus greguescos—quieres una limosna, toma! y mira cómo no me he olvidado de tí.

Y diciendo esto, alargó á D<sup>a</sup> Inés un puñado de onzas.

D<sup>a</sup> Inés conoció lo que aquello queria decir; el Señorito se vengaba.

—¡Oh caballero!—dijo entonces dirigiéndose á D. Lope—¿qué pretendéis hacer conmigo? ¡oh aquí adivino una cosa horrible, espantosa, inhumana!

—Señora, no necesito decíroslo; vais á sufrir la suerte que preparásteis á D<sup>a</sup> Laura: la pena del talion.... esa pena que la Audiencia de México no sabe, ó no quiere aplicar.

—¡Pero por Dios, caballero, si soy inocente, si esa dama jamás ha estado aquí.....

—Señora, aunque estoy seguro de lo que digo, quiero sin embargo confundiros, para que no tengais ni el consuelo de la queja; á ver vosotros, acercáos.

—Los dos lacayos se acercaron.

—¿De dónde hemos sacado nosotros á D<sup>a</sup> Laura?

—De allí—contestaron los dos lacayos señalando el lugar en que estaba D<sup>a</sup> Laura.

—¿Y en qué estado? preguntó D. Lope.

—Loca y moribunda—contestó uno.

—Loca y moribunda—repitió el otro.

—Y vos D. Guillen de Pereyra decid: ¿quién puso aquí esa dama?

—Yo, por órden de D<sup>a</sup> Inés.

—¿Lo ois señora?

Pero D<sup>a</sup> Inés no necesitaba oir nada de aquello, porque á gritos su misma conciencia se lo decia.

—Pues bien, señora, yo que recojí á esa víctima de vuestra furia infernal; yo que la he visto padecer y morir; yo que ni me dejo engañar como la Audiencia, ni quiero tampoco ser vuestro cómplice como los oidores, os condeno á ser emparedada como lo estaba D<sup>a</sup> Laura. . . .

—Señor!—esclamó cayendo de rodillas D<sup>a</sup> Inés.

—No abrieneis esperanza, señora, porque he jurado por el alma de esa pobre mártir ejecutar esa sentencia; lo he jurado, y creo que debo cumplir ese juramento; mirad, señora, aquí hay tres hombres que conocen vuestro crimen tan bien como yo; ¿hay alguno que se atreva á levantar la voz en favor vuestro? miradles, señora.

D<sup>a</sup> Inés de rodillas siempre, se volvió buscando entre aquellos hombres uno que quisiera interceder por ella. Pero todos los rostros estaban sombríos, y todas las miradas se apartaban de ella.

—¿Con que no hay esperanza?—esclamó —¡Dios mío! señores, soy una mujer infeliz; yo me arrepentiré, yo pasaré la vida en un convento llorando mi falta; yo repartiré mis bienes entre los pobres; yo haré que se hagan mil sufragios por el alma de D<sup>a</sup> Laura; por compasión no me deis esa muerte horrible.

D. Lope estaba silencioso como una estatua.

—D. Guillen, por Dios, mira, yo he sido tuya, yo te amé, no me abandones; si quieres seré tu esposa, tu esclava, te lo ruego; por esas noches de felicidad que aquí mismo pasastes á mi lado, te lo ruego.

—¡Quieres una limosna!—contestó D. Guillen volviendo á presentar á D<sup>a</sup> Inés un puñado de onzas—mira como no me olvido de tí. . . . .

Al escuchar aquellas palabras, D<sup>a</sup> Inés retrocedió como

si hubiera pisado una víbora, el furor se pintó en su semblante pálido, con ambas manos levantó de su frente algunos rizos que se desprendían sobre su rostro, y por un instante clavó en el Señorito sus ojos que parecían querer salirse de sus órbitas.

Aquella mujer así, podía decirse que estaba sublime, ó espantosa.

El Señorito, á pesar de su sangre fría y de su cinismo habitual, no pudo resistir el fuego de aquella mirada, y retrocedió también como buscando apoyo.

D. Lope se cruzó de brazos esperando el fin de aquella escena, porque D<sup>a</sup> Inés parecía haberle olvidado completamente.

—¡Miserable!—esclamó por fin la dama dando un paso hácia el Señorito—¡Miserable! ¿así te vengas de una mujer indefensa, porque la tienes en tu poder, cuando no te hubieras atrevido ni á mirarla? ¡cobarde! ¡villano! ¡con una mujer!

—Tú no eres una mujer—contestó el Señorito animándose al escuchar aquellos insultos—tú no eres una mujer, tú eres un mónstruo al que es preciso esterminar; una víbora á la que por bien de la humanidad es fuerza matar. . . .

—¿Mónstruo? ¿víbora? Guillen, sí, seré lo que quieras, pero todavía así, mónstruo ó víbora, te he honrado con alzar te hasta mí; á tí, miserable; á tí, que no eres mas que la hez mas inmunda de la sociedad, te desprecio y óyeme bien: nada me importa lo que tengo que sufrir, nada me importa ya la horrible muerte que se me prepara, porque no eres tú el que me la das, porque tú no eres para el hombre que me mata mas que lo que eras en otro tiempo para mí, menos que un criado, menos que un esclavo, un perro, un miserable, digno del desprecio. . . .

—D<sup>a</sup> Inés, dí cuánto quieras que no lograrás hacerme enojar; perro y miserable, pero tú has sido mía, y por amor.

—¡Por amor! ah! Guillen! he sido tuya porque las mujeres de mi clase se entregan por orgullo á seres viles y abyectos á quienes convierten en instrumentos de placer ó de diversion, pero sin que esto pueda disminuir ni por un instante el desprecio que se tiene á esos miserables.

—Y esos miserables al fin se vengán.

—¿Se vengán? ¿y esta venganza es tuya, perro esclavo? ¿tuya? ¿qué podrias haber hecho tú, sino arrastrarte como un reptil á mis plantas para pedirme una limosna?—¿tuyos son esos criados? ¿tuya es esta casa? ¿tuya es siquiera la idea del tormento que me espera? ¿qué es tuyo aquí?

—Mio, Inés, es el placer de verte humillada y abatida pidiendo gracia y arrastrándote como una serpiente; mio es el placer de contemplar tu muerte; mio es el placer de mirar tu agonía y tu angustia, eso es mio.

—Pues bien, si eso es lo único que tienes y lo único que quieres, yo te lo quitaré, yo te impediré contemplar ese espectáculo.....

Y diciendo estas palabras, D<sup>a</sup> Inés se lanzó rápidamente sobre D. Guillen, se vió brillar como un relámpago la pequeña lengua de acero de una daga, y D. Guillen lanzó un grito y llevó las manos á los ojos.

—Sujetadla!—gritó D. Lope.

Los criados se arrojaron sobre D<sup>a</sup> Inés, y comenzó entonces una lucha terrible.

Aquella mujer se defendía como una leona, procuraba herir, morder, escaparse de las manos de los lacayos que la tenían sujeta, y gritaba y aullaba, y maldecía como un condenado.

Por fin, los criados lograron quitarle la daga y atarle los brazos por detrás.

Entonces D. Lope se dirigió al Señorito, que permanecía inmóvil cubriéndose los ojos con las manos.

Al través de sus dedos brotaba la sangre.

—Estais herido?—preguntó D. Lope.

—Sí, mal herido.

—Quitaos las manos, examinaré....

D. Guillen apartó sus manos; D. Lope acercó la luz y lanzó una exclamacion de espanto.

La daga de D<sup>a</sup> Inés habia pasado sobre los dos ojos del Señorito, casi en línea recta, y los dos ojos habian sido divididos casi por mitad.

—Ah!—gritó D<sup>a</sup> Inés que no habia perdido ni uno solo de los movimientos del Señorito—Guillen, ¿ahora verás mis tormentos? ¿ahora te gozarás en contemplar mis agonías?

El Señorito nada contestaba.

—Estás ciego, ciego para siempre, infame! mas te valiera haber muerto, como yo voy á morir, contenta, contenta porque me he vengado.

El Señorito dió como loco un paso hácia donde escuchaba la voz de D<sup>a</sup> Inés, y batió el aire con sus brazos, exclamando:

—¡Víbora! ¡infame!

Y D<sup>a</sup> Inés rió con una alegría infernal.

D. Lope no pudo ya contenerse; aquella risa le habia horrorizado.

—Llevala!—esclamó con voz ronca.

Los criados tomaron de los brazos á D<sup>a</sup> Inés, y la colocaron en el nicho que habia en la pared.

Uno de ellos la sujetó, y el otro comenzó á colocar los pesados cubos de cantería que debian formar el muro.

La operacion era tan rápida como sencilla.

D<sup>a</sup> Inés al principio no tenia ojos sino para ver al Señorito, ni pensaba sino en insultarle.

—Ya estoy en el suplicio—esclamaba—mírame, Guillen; gózate en mis dolores y en mi muerte; abre los ojos, ¿no me ves? ó es que no hay luz; pero no la habrá ya nunca para tí, nunca, ¿lo oyes? nunca.

Y aullaba y reía como una loca.

Pero de repente el hombre que la tenia sujeta la abandonó; el muro estaba ya casi á la altura de su pecho.

Una reaccion espantosa se verificó en el ánimo de aquella mujer. A su ira sucedió el pavor, y á los insultos y á las amenazas, el llanto y las súplicas.

Los criados seguian alzando el muro sin hacer caso de lo que ella decia.

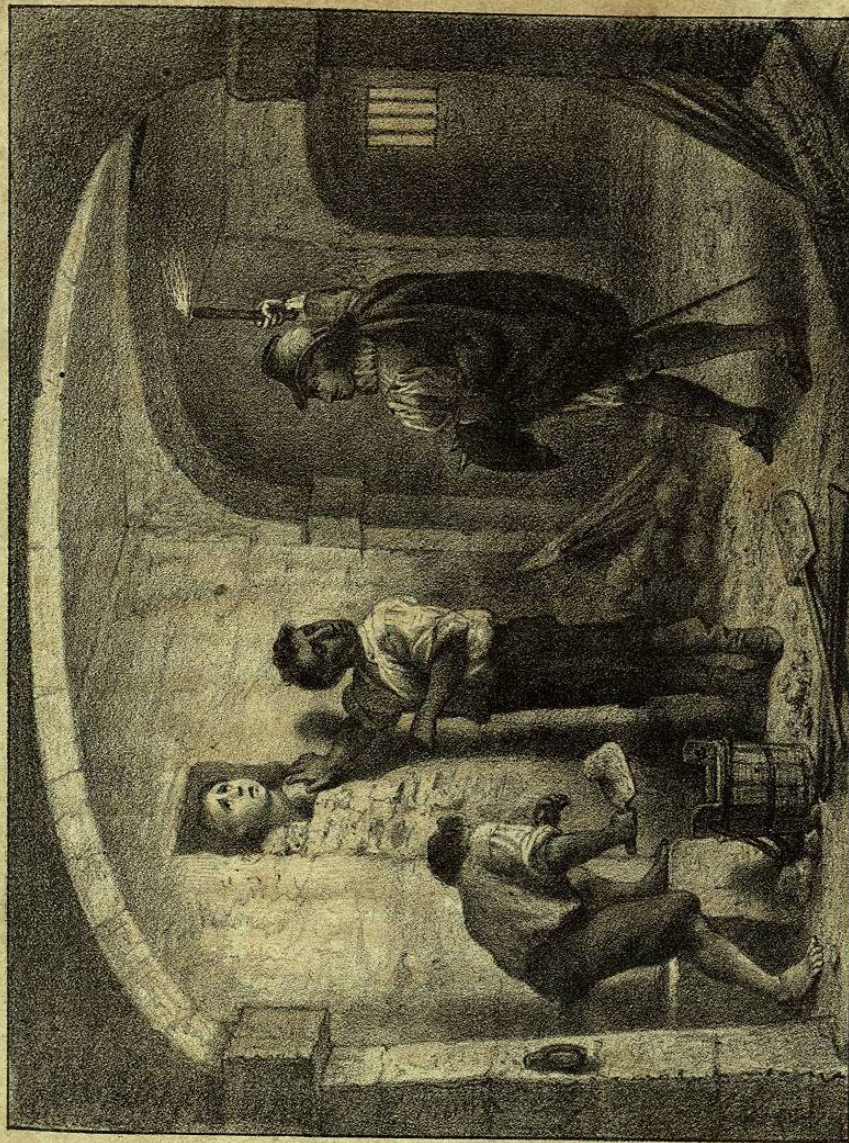
—Por piedad!—esclamó D<sup>a</sup> Inés—no cerreis el muro, dejadme vivir: oh! no me mateis así, tenedme aquí una semana, un mes, un año, dos, si quereis; pero que no muera yo; mirad, D. Lope, que yo no hice morir á D<sup>a</sup> Laura; mirad que aquí puedo quedar suficientemente castigada; pero no me dejéis morir: ah! por Dios! debe ser una muerte horrible, en la desesperacion mas espantosa; ¡por Dios! ¡por Dios! ¡ay! no quiero! no! no! no!

Y procuraba derribar el muro, que subia ya hasta la altura de su cuello.

—Dejadla—dijo D. Lope.

Los criados se retiraron. El muro no dejaba descubierto mas que el rostro de D<sup>a</sup> Inés.

—Vámonos—dijo friamente D. Lope—D. Guillen, ve-



LAS DOS EMPAREDADAS.

¡Por Piedad! = dijo D<sup>a</sup> Inés.

nid conmigo, yo os haré curar; queria castigaros, pero Dios os ha castigado ya.

—Oh!—gritó con espanto D<sup>a</sup> Inés—¿me vais á dejar? voy á quedar así, sepultada en vida? ¿aquí? ¿sola? oh! no tendreis ese corazon; por Dios, no me dejéis.

D. Lope tomó del brazo al Señorito, que caminaba con la cabeza inclinada y con paso trémulo é incierto.

Los criados les siguieron.

Entonces los gritos de D<sup>a</sup> Inés fueron espantosos; tenían mas del aullido de una fiera que de la voz humana.

D. Lope, D. Guillen y los criados salieron de la bodega, y uno de estos cerró la puerta.

Poco despues estaban en la calle.

.....  
.....  
.....  
Dos noches despues, un hombre que pasaba por el canal en una chalupa en las altas horas de la noche, oyó salir de la casa del marqués de Rio-florido tristísimos jemidos.

Se santiguó devotamente; aquella debia ser una alma en pena.

En aquella casa espantaban.

Al dia siguiente, contó la aventura á un amigo y vinieron ambos á escuchar á la misma hora.

Pero no oyeron absolutamente nada, y nadie volvió á ocuparse de semejante cosa.

Y nunca mas volvió á abrirse la casa del marqués de Rio-florido.

---